

Esta conferencia aborda el tema de la comunicación y la educación vinculadas a la tecnología. Parte de rechazar los recursos que priven de interacción y encuentro a los seres involucrados en el proceso de aprendizaje. En consecuencia, promueve el uso de las tecnologías en la medida en que sean capaces de generar acercamiento. Para esto, plantea que es preciso romper la *ilusión tecnológica*, lo que se logra cuando los instrumentos no son “consumidos” sino utilizados desde las propias necesidades y el contexto.

COMUNICACIÓN, EDUCACIÓN Y TECNOLOGÍAS ¹

“Objeto principal de la escuela:
instruir en los preceptos sociales...
lo demás que se enseña en ella se reduce
a dar medios de comunicación,
como hablar, escribir, calcular...”

Simón Rodríguez

Nuestros seres queridos

Gabriel Jaramillo Echeverri fue uno de los seres más hermosos que me haya tocado conocer. Nos hicimos amigos en 1984, en un curso en CIESPAL, y mantuvimos una amistad profunda, a pesar de la distancias y de las pocas oportunidades en que pudimos compartir las horas juntos. Gabriel falleció en su Medellín el 13 de mayo de este año. Nos dejó a quienes lo amamos la memoria imborrable de la ternura de su risa y de su palabra.

Gabriel era sacerdote, vivía volcado a los demás, estaba hecho, hasta en sus más simples gestos, de comunicación. Su evangelio era muy sencillo: ayudar a vivir, acompañar al otro; ayudar a morir cuando los tiempos se apagaban. Y hacerlo por la palabra y la mirada, por el gesto y la sonrisa, por la serenidad que proyectaba siempre.

Preocupado por la comunicación social, la pensó, y la vivió, desde la cultura y desde las relaciones entre los seres humanos. Escribió ensayos preciosos sobre comunicación institucional y con los años la prosa no le fue suficiente. Fue entonces cuando comenzó con la poesía, como manera de llegar al otro con todo su ser.

No he iniciado esta conferencia con una cita de don Simón Rodríguez y con el nombre de nuestro querido Gabriel por algún capricho. En el primero reconozco al pedagogo, en el segundo al sacerdote educador. Ambos fueron seres de comunicación, volcados a los otros, con toda la ternura de sus escritos y de sus actos.

Simón Rodríguez intentó un proyecto educativo destinado a recuperar, para fundar la utopía, a los pobres de su época, indígenas y mestizos; casi perdió la vida en el intento y luego deambuló por más de 30 años por nuestra América, sin dejar nunca de enseñar.

Gabriel Jaramillo eligió su vida a los 14 años y practicó un sacerdocio volcado a las grandes mayorías de la población en Cartagena y luego en Medellín. Hace más de una década fundó en su ciudad natal un monasterio, concebido como espacio de encuentro entre seres que necesitaban comunicarse. Hasta su muerte se mantuvo fiel a su destino: acompañar al otro, irradiar alegría y serenidad.

No puedo entender la comunicación social de otra manera: la relación entre seres humanos, el interaprendizaje, el sentir al otro, el sentirse con el otro.

La primera función de la escuela es abrir espacios para aprender a convivir, decía don Simón Rodríguez. La primera función del sacerdocio es acompañar al otro, enseñaba Gabriel.

Lo demás, todo lo demás, son sólo medios de comunicación.

De lejanías y aislamientos

Cuando la guerra del Golfo, un piloto norteamericano comparaba la ciudad de Bagdad, vista en la noche desde lo alto, con un árbol de Navidad. Recuerdo el entusiasmo con que hablaba, excitado como un chico que acaba de ganar en un video juego. Y hacia ese símbolo del nacimiento y de la vida, había enfilado la trompa de su avión y lanzado bombas inteligentes, capaces de buscar el blanco.

Décadas atrás, Pedro Salinas había hecho una comparación semejante, sólo que desde una lectura tan distinta, como la de un ser volcado a la vida frente a otro sembrador de muertes. Me refiero al primer poema en nuestro idioma dedicado a la bomba atómica, *Cero*, que el autor español incluyó en su libro *Todo más claro*, publicado en 1949.

Retomo sus palabras:

“Cayó ciega. La soltó,
la soltaron, a seis mil
metros de altura, a las cuatro.
¿Hay ojos que le distingan
a la tierra sus primores
desde tan alto?

.....
No. Geometría. Abstractos
colores sin habitantes,
embuste liso de atlas.

.....
Y a un mapa distante, ¿quién
le tiene lástima? Lástima
da una pompa de jabón
irisada, que se quiebra;
o en la arena de la playa
un crujido, un caracol
roto
sin querer, con la pisada.
Pero a esa altura tan alta
que ya no la quieren pájaros
.....
Invisibles se le vuelven
al mundo delgadas gracias:
la azucena y sus estambres,
colibríes y sus alas,
las venas que van y vienen,
en tierno azul dibujadas,
por un pecho de doncella.
¿Quién va a quererlas
si no se las ve de cerca?"

Dos percepciones sobre la muerte, una gozosa, como la frase pronunciada por aquel general de Franco, la más terrible brotada de labios humanos: "viva la muerte"; otra inconsolable, al borde del llanto y en el llanto.

Rechazamos, nos negamos a cualquier tecnología dirigida a la destrucción, sea cual fuere la ideología que la sustente.

El siempre duro ejemplo de la guerra, nos acerca al motivo de esta conferencia. En el espacio de la comunicación y la educación, nos resistimos al uso de cualquier tecnología que aleje y aisle a los seres en él involucrados. Entiendo por lejanía y aislamiento, la ausencia de interacciones, de encuentros entre quienes enseñan y quienes aprenden. "Todo aprendizaje, decía don Simón Rodríguez, es un interaprendizaje".

Nos interesan las tecnologías, en el terreno de la educación, desde la pedagogía. Si nos ocupamos de la pedagogía, es porque los educadores somos seres de comunicación, la condición fundamental de nuestra práctica es la de cumplirse con otros y entre otros.

En el ámbito de la educación, acecha siempre la posibilidad de la distancia y del aislamiento. Cuando se produce una relación de lejanía entre quienes enseñan y aprenden, vivimos el riesgo de una situación de extrañamiento, es decir, de convertirnos en extraños en un contexto de extraños. El aislamiento y el extrañamiento constituyen un terrible contrasentido en el acto educativo, el más terrible de todos.

Intentamos una lectura de las tecnologías desde la *mediación pedagógica*, que caracterizamos con Francisco Gutiérrez como la tarea de promover y acompañar el aprendizaje; la tarea de mediar entre lo inmediato y lo mediato, entre lo cercano y lo lejano, entre lo más sentido y lo menos sentido, entre lo privado y lo público, entre lo personal-familiar y lo político, entre lo individual y lo organizativo, entre la dispersión y la presencia en la sociedad civil, entre un horizonte de comprensión y otros, entre un yo, un tú y un nosotros, entre lo micro y lo macro.

En torno a la soledad

Tecnologías para acercarnos, no para distanciarnos. Para hacernos sentir con los otros. Retomo un texto escrito en 1993:

El cuadro es así: un ser humano enfrentado a un grupo, hablando y exhibiendo conocimientos, volcando en los demás su saber.

Una primera lectura convierte a ese singular personaje en un ejemplo del poder: sólo su palabra cuenta, sólo su mirada, sus gestos; toca al resto asimilar sin posibilidad alguna de intervenir.

Pero cabe otra lectura: el hablador, el único capaz de decir algo y de forzar a los demás a repetirlo, está solo. No hay soledad más terrible que la de un ser enfrentado a un auditorio silencioso, condenado a decir sin saber cómo lo dicho llega al otro, qué caminos sigue en sus modos de percibir, de comprender y de soñar.

Siempre me ha afectado, enternecido, dolido, la soledad del educador. La soledad puede minar cualquier ánimo, cualquier temple, cualquier entusiasmo. Y si no que lo digan las clases plenas de lugares comunes, las rutinas exangües, la voz monocorde, los gestos cansados, el brillo de la alegría apagado en la mirada... Nuestra educación no cambiará sólo por las transformaciones de un país o por las demandas de los economistas, cambiará desde la base, desde la ruptura del círculo de la soledad hacia el encuentro, el trabajo compartido, la posibilidad de sentirte, ser, reírte con el otro.

Se puede estar solo frente a los demás, y se puede estar solo por el uso de instrumentos que tiendan a aislarte.

Entreayudarnos

"Los seres humanos no están en el mundo para entredestruirse, sino para entreayudarse."

Y no hay modo de cumplir con ello si se cae en las garras del aislamiento y de las relaciones de lejanía.

Por eso nos encantan las siguientes palabras:

"A pesar de nuestros intentos de hacer de la enseñanza una ciencia, a pesar de nuestros intentos de inventar materiales que no requieren profesores, un hecho sencillo hace esta ambición innecesaria: cuando percibe que su educador es auténtico, curioso, cálido, el estudiante aprende. No hay forma de evitar este hecho, por más tecnología que se aplique. ¿Por qué confiamos en nuestras máquinas más que en nuestra humanidad? Debemos aprender a enamorarnos menos de la tecnología y más de nosotros mismos" (Neil Postman, profesor de la Universidad de Nueva York).

Entreayudarnos, entonces, con o sin tecnologías. Y para ello salirnos de la ilusión tecnológica. Preguntarle a cada propuesta visual o audiovisual, a cada nuevo paso telemático, de qué manera favorece la comunicación, el interaprendizaje, el entreayudarnos.

Entendemos la expresión *ilusión tecnológica* como la creencia de haberse apropiado de un instrumento, cuando en realidad sólo se establece con él una relación de consumo, una pseudo eficacia. La ilusión se rompe, en el buen sentido del término, cuando somos capaces de utilizar el recurso desde nuestras necesidades y nuestro contexto.

Relato una forma por demás clara de ilusión tecnológica:

Una profesora llega al aula el primer día de clase, y comienza su tarea. Saluda, habla algo del programa, y luego enciende el retroproyector. Coloca una primera transparencia, colmada de texto, y comienza a leer lo que aparece en la pantalla, de espaldas a los estudiantes. Así toda la hora. A la segunda clase repite la operación. A la tercera los alumnos se van retirando en silencio y cuando ella termina su lectura, se da vuelta y encuentra el aula vacía.

No invento nada. La docente, podría haber sido también un docente y ejemplos no me faltan, partió de una tecnología como mágica fórmula para atraer la atención y llevar adelante su clase.

Poca diferencia con lo vivido hace varios años, cuando un rector me mostraba con orgullo un centro de cómputos apenas desempacado y cerraba la presentación con estas palabras: "ahora estamos viendo para qué lo usamos".

El valor pedagógico y de comunicación de una tecnología proviene del contexto en el cual se la utiliza. Porque en ese contexto hay seres con historias y experiencias, con aprendizajes ya cumplidos y otros por construir. Si no nos centramos en cada situación en particular, es difícil avanzar en una apropiación

de las tecnologías para acompañar y promover el aprendizaje, para relacionarnos y entreayudarnos.

No puedo dejar de traer aquí el reclamo de una maestra en mi país: “En vez de mandar computadoras a mi escuela, ¿no podrían usar ese dinero para darle un vaso de leche diario a cada chico?”.

Discusión que, muy a su manera, daba Hegel en su *Estética*, cuando se manifestaba a favor del gasto en obras de arte, a pesar del hambre de la gente, porque había que favorecer la marcha del espíritu.

Con una opción muy poco hegeliana, y muy poco tecnológica en este caso, me quedo con el vaso de leche.

El lenguaje como tecnología

“...lo demás que se enseña en ella se reduce a dar medios de comunicación, como hablar, escribir...”

Reitero la expresión de don Simón para abrir la reflexión a la principal tecnología de un comunicador y de un educador: el lenguaje, condición de posibilidad de apropiación de todas y cada una de las otras.

Vengo insistiendo en ello desde la década del 60 y pienso continuar en mi empeñamiento hasta el año 2050. Si alguien elige de por vida la comunicación, necesita apropiarse del instrumento del lenguaje, en todas sus posibilidades.

Retomo palabras dichas en mayo a estudiantes de comunicación social reunidos en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia:

“En ninguna actividad se es alguien sin pasión. Cuando se enfrenta uno con un discurso desapasionado, carente de entusiasmo y de vida, no puede esperar mucho de su autor en el terreno de la comunicación social. Y menos aún cuando se trata de un discurso pobre en vocabulario y en combinaciones, cuando el autor anda chocándose contra el lenguaje y lo siente como algo pesado, como un escollo para su expresión”.

Un discurso que no discurre, constituye un terrible contrasentido. Amamos los ríos torrentosos y los ríos mansos, siempre que corran sus aguas cauce abajo. No soportamos los ríos indecisos, enlazonados acá, encajonados allá, con vueltas y contravuelvas que a nada conducen.

Si el lenguaje es también tecnología, necesitamos descubrir todos sus secretos, adaptarlo a nuestro temperamento, probarlo en sus más sutiles variaciones, volverlo transparente, volvernos uno con él. Estamos sin duda ante la más maravillosa extensión del hombre, como solía decir papá MacLuhan.

Es por el lado del lenguaje que la comunicación va mucho más allá de la ciencia para acercarse al arte, a los espacios milenarios en que el ser humano moldeó a la medida de sus sentimientos y expresiones ese precioso instrumento. Nuestras escuelas y facultades debieran llamarse *De ciencias y artes de la comunicación*. Un título así les quitaría algunas pretensiones y las acercaría más a la comunicación humana.

¿Recuerdan a Neruda?

“Todo está en la palabra... Una idea entera se cambia porque una palabra se trasladó de sitio, o porque otra se sentó como una reinita adentro de una frase que no la esperaba y que le obedeció... Tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos, tienen de todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto trasmigrar de patria, de tanto ser raíces... “

No puedo volcarme a los otros si no soy dueño de mis recursos expresivos, no puedo acompañarlos sin una relación amorosa con el lenguaje. Decía don Simón Rodríguez, que algo sabía de los alcances del discurso:

“La juventud americana necesita abrir los ojos sobre su situación política y los niños tienen que aprender a leer: los jóvenes que han de reemplazar a los padres de hoy, deben pensar y escribir mejor que sus abuelos, si quieren que en América haya patria y lengua.”

Nos ha tocado cruzarnos con más de un experto en informática incapaz de expresarse por escrito e incluso de manera oral. No generalizo, pero en esos casos el comercio con la máquina y con la programación no aseguró de manera mecánica la apropiación de la capacidad discursiva.

No abundan los programas, al menos en mi país, que pongan todo al servicio del enriquecimiento discursivo.

A nadie le regalan la capacidad discursiva. Apropiársela, hacerla una con uno mismo, lleva años, desde las primeras letras hasta la posibilidad de moverse con las alas desplegadas hacia todos los vientos de la palabra.

Un establecimiento educativo, una escuela de comunicación que se desentiende del trabajo sobre esa tecnología por parte de sus estudiantes, se desentiende de la base de la relación y de la interacción, del futuro profesional de los jóvenes.

Hacia la apropiación

Sí, pero en nuestro caso desde la comunicación y desde la educación. Retomo aquí lo escrito en un texto para el ICFES y la Universidad Javeriana:

- ⇒ El valor de una tecnología en apoyo al aprendizaje, pasa por la apropiación de sus recursos de comunicación.
- ⇒ El valor de una tecnología en apoyo al aprendizaje pasa, por lo mismo, por su capacidad de interlocución con sus destinatarios.
- ⇒ El valor de una tecnología en apoyo al aprendizaje pasa por la posibilidad de utilizarla y de crearla y recrearla.
- ⇒ No se trata sólo de consumir tecnologías, sino de apropiarse de ellas para hacerlas parte de los recursos de expresión individuales y grupales.
- ⇒ El concepto de información no es suficiente para comprender lo que sucede con las tecnologías. Además de la transmisión de contenidos, entran en escena lo estético y el juego.
- ⇒ Por lo tanto, en el campo de la educación, mediar pedagógicamente las tecnologías es abrir espacios para la búsqueda, el procesamiento y la aplicación de información, a la vez que para el encuentro con otros seres y la apropiación de las posibilidades estéticas y lúdicas que van ligadas a cualquier creación.

Una tecnología adquiere valor pedagógico en primer lugar cuando se la utiliza sobre la base del aprovechamiento de sus recursos de comunicación.

Ideas, antes que letras

"¿Qué leerá el que no tiene ideas? Excepto unos pocos *Romances*, que tratan de amores, cavernas y espantos, no hay lectura que se comprenda sin idea de la materia", Simón Rodríguez.

¿Qué aprovechará de las tecnologías quien no tiene idea de cómo utilizarlas en favor de la comunicación y del interaprendizaje?

La mejor manera de sortear esto es tomando como punto de partida un *proyecto pedagógico* en el cual vienen a insertarse las tecnologías, proyecto que, según nuestra perspectiva, no puede sino privilegiar la comunicación y las interacciones.

No se trata del empleo esporádico de un audiovisual o de las iniciativas tomadas por docentes de manera individual para acceder a algún tiempo de computación. Se trata de discutir, entre todo el establecimiento educativo, el valor pedagógico de las tecnologías, su oportunidad de uso y de acompañamiento del aprendizaje.

No es la primera vez que las tecnologías llaman a nuestras puertas. Recordemos lo sucedido en la década del 60, con tanta compra de equipos audiovisuales, que terminaron en depósitos y que nunca fueron utilizados, al menos de manera generalizada, como un recurso pedagógico.

Repetir historias y errores cuesta cada vez más. La discusión sobre las tecnologías a escala de toda una institución educativa, es un paso imprescindible.

De historias y presentes

A comienzos de los 80, éramos varios los que alertábamos sobre el futuro, en relación con la aplicación de las tecnologías al campo de la producción. Se podía prever con claridad el desplazamiento de mano de obra y el ensanchamiento del abismo entre los países dueños de la iniciativa, sobre todo en el terreno de los recursos electrónicos.

Como el futuro es ya hoy, lo anunciado se viene cumpliendo de manera inexorable. En mi país la desocupación supera el 18 por ciento, mientras las máquinas y la producción de mercancías gozan de buena salud. El poco trabajo que hay exige a menudo manejo de equipos de computación y de algunos programas, como los del entorno *windows*. Las universidades apenas comienzan a desperezarse de tantos años de atraso en la incorporación de tecnologías, y el camino a recorrer por parte de las otras instancias del sistema educativo aparece como largo en exceso.

Por todas partes se habla de productividad, pero los caminos para capacitarse en función de ella no aparecen como muy sencillos. La fantástica contradicción tiene tres términos: si usted no es eficaz, no trabaja; la educación no ofrece muchas alternativas para formarse de manera eficaz, y... no hay trabajo.

Se hacen esfuerzos, por supuesto. La Ley Federal de Educación prevé cambios profundos en contenidos y formas de enseñanza y aprendizaje. Pero estamos todavía en camino y las condiciones sociales aprietan cada vez más.

¿Qué sentido tiene la incorporación de tecnologías a los establecimientos educativos en un contexto semejante? El de siempre: el de ofrecer recursos para promover y acompañar el aprendizaje, para fortalecer las relaciones de comunicación, para tender a entreayudarnos, al interaprendizaje. Todo lo demás (el logro de mayor eficacia, la orientación hacia la producción, la modernización) es un plus que nadie rechaza, pero sobre la base de lo anterior.

Mi historia

Comencé a enseñar en 1962, como maestro de escuela rural, en la zona de Lavalle, en Mendoza, cuando estaba por cumplir los 20 años. Nuestras tecnologías eran el libro, el pizarrón, la tiza y alguna que otra lámina. Con ellas nos comunicábamos, y casi siempre sin ellas. Nos encantaba hablar, reírnos, narrar historias creíbles e increíbles, recorrer esos campos en busca de plantas y de huellas de animalitos. Y así íbamos aprendiendo, porque aprendíamos, y mucho.

Comencé a enseñar en la universidad en 1968. Era una escuela de periodismo de la cual ya he hablado en otras oportunidades. Estaba por cumplir los 26 años y no terminaba de despegarme, al menos en los primeros meses, de las viejas clases expositivas. Digo *por unos meses*, porque pronto cambió la relación, y para siempre. Nos encantaba hablar, reírnos, narrar historias creíbles e increíbles, traer experiencias al aula, buscarlas fuera de sus muros. Nuestras tecnologías eran el libro, el pizarrón y la tiza. Con ellas nos comunicábamos, aunque a menudo sin ellas.

En 1994 me hice cargo de la cátedra de Pedagogía en la Escuela Superior de Formación Docente, en la Universidad Nacional de Cuyo. Tenemos un primer año con alrededor de 400 jóvenes. Cuando comencé había cumplido los 52 años. Nos encantaba hablar, reírnos, narrar historias creíbles e increíbles, traer experiencias al aula, buscarlas fuera de sus muros. Nuestras tecnologías son hoy el libro, la fotocopia, el pizarrón la tiza. Con ellas nos comunicamos, aunque a menudo sin ellas.

¿En qué ha cambiado la educación en estos 34 años, con respecto al uso de las tecnologías? En casi nada, para la inmensa mayoría de los establecimientos educativos. Y su incorporación, por masiva que sea, no agregará ni quitará nada a la relación pedagógica que ya se trae desde antes. No hará hablar, reír, narrar historias creíbles e increíbles, traer experiencias al aula o buscarlas fuera de sus muros, si no se venía viviendo todo eso desde antes.

Los educadores y los comunicadores somos seres de comunicación. Si ello no lo traemos en el corazón y en el alma, si no lo vivimos como una pasión imposible de apagar, ninguna tecnología puede venir a llenar tanto vacío.

Por eso comencé esta conferencia hablando de mis seres queridos: don Simón Rodríguez y Gabriel Jaramillo. Porque los movió a ambos la pasión por comunicar y promover el aprendizaje, porque eran seres hechos de comunicación.

No me mueve ningún interés por descalificar las tecnologías. Las posibilidades abiertas por la máquina, los sistemas interactivos, los recursos para avanzar al propio ritmo y en un proceso de aprendizaje, son indiscutibles en nuestro tiempo.

Sólo les pregunto a nuestras instituciones y a nuestros educadores, si es posible salvar con la tecnología el aislamiento y la carencia de impulsos a la comunicación. Si no son condición de aquella estos impulsos, esta pasión por el otro, por la interacción y el aprendizaje.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, Argentina, Agosto de 1995

¹ Cátedra UNESCO, Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.